

DEPORTES



Aficionados del Athletic de Bilbao, en San Mamés. / JUAN MANUEL SERRANO (GETTY)

RELATOS DE UN AMATEUR / GALDER REGUERA

El filósofo y el futbolista

Un día me preguntaste para qué sirve la filosofía. Recuerdo la escena. Estábamos paseando por la orilla de la playa. Tú te interesaste por lo que había estudiado de joven y yo te conté que era licenciado en Filosofía. Entonces, torciste el gesto y lanzaste la pregunta: “Y eso, ¿para qué sirve?”. Yo me sonreí, porque, usando una expresión futbolera, me la habías dejado botando. “Para no hacer preguntas tan tontas como esa”, te contesté, y los dos nos reímos.

Después intenté responderte bien. Dije que se suele hablar de la filosofía como una colección de saberes inútiles, pero que yo no estaba de acuerdo. Te expliqué que sospechaba que en mi vida laboral me había sido de gran ayuda, pero que lo fundamental es que la filosofía sirve para no dar nada por sentado. Filósofo es quien, observando a su alrededor, es capaz de comprender la extrema improbabilidad del estado de cosas que le rodean y, en el mismo movimiento, el precario equi-

librio que lo sustenta. Recuerdo que nos quedamos los dos en silencio, con la mirada en el horizonte, que tú murmuraste algo sobre lo maravilloso que es observar el océano en calma y que yo tomé una frase que leí en un cuento de Pedro Zarraluki para estropear el momento diciendo: “Si al mar le quitas el misterio, se queda en agua salada”.

Después fui yo quien te preguntó si durante un partido hay momentos para pensar, si se mira alrededor, con la grada jubilosa o enrabietada, y se reflexiona sobre el momento. Negaste con la cabeza. Explicaste que la acción sobre el campo es frenética y que solo estás concentrado en el juego. “Si te sorprendes pensando en algo que no sea el bote de la pelota es que estás fuera del partido, y en nada te sacarán del campo”, explicaste. Me confesaste, eso sí, que a veces te sucedía que en tu vida de pronto todo te parecía absurdo y raro y ajeno, y sentías una cierta extrañeza al mirar alrededor, como si todo el mundo ac-

Dijiste que envidiabas a esos compañeros que parecía que lo hacían todo a la primera

Matizaste que no te referías solo al terreno de juego, sino también al vestuario

tuara y tú tuvieras que seguir también un guion escrito previamente. Dijiste que envidiabas a esos compañeros de equipo que parecía que lo hacían todo siempre a la primera, como guiados por un instinto, sin pensar, y además lo hacían bien. Matizaste que no te referías solo al terreno de juego (desmarcarse hacia un espacio, un control orientado, esas cosas), sino también al vestuario, a las relaciones sociales, a la vida. Afirmaste muy serio que a veces te gustaría ser alguien muy diferente a quien eres, uno más, igual al resto, y que yo te expliqué el ejemplo de Stuart Mill del Sócrates insatisfecho.

Nos quedamos de nuevo en silencio un buen rato después del cual te palmeé la espalda y, como quien da el pésame, dije: “Pues formación no, pero alma de filósofo sí que tienes”. Tú me inquiriste con ojos rogantes si eso era bueno o malo. “Para el fútbol”, matizaste. ¿Se puede ser un buen futbolista sintiendo la incomodidad de la existencia?, nos preguntamos juntos entonces. ¿Se puede ser un atleta de élite cuando el mundo te duele? Por supuesto que sí, te contesté en aquel momento, pero ahora te confieso que no lo tenía muy claro y que mi respuesta era más fruto de la esperanza (de mi esperanza en ti y en un mundo mejor) que de la convicción. Entonces volvió a salir Sócrates en nuestra conversación, pero esta vez no era el de Stuart Mill, sino el brasileño, el doctor, el padre de la Democracia Corinthiana. Te conté su historia y vi cómo se te iluminaron los ojos al saber de él.

Recuerdo algo más de aquel paseo al que la memoria me hace regresar tantas veces: que al despedirnos dijiste que lo que en realidad no servía para nada era el fútbol y que la gente debería admirar a médicos y bomberos y científicos, no a nosotros. Yo negué con la cabeza y te acusé de demagogo. “Por supuesto que sirve”, te dije, y te conté que los goles de nuestro equipo hacen feliz a mucha gente, a mí al menos. Es una felicidad momentánea, pasajera, efímera, sí, pero qué maravilla es sentir a veces un chute de alegría. E intenté reconciliar al futbolista con el filósofo apuntando que esa felicidad dura mucho más cuando sabes que quien la hace posible es uno de los nuestros, un hombre o mujer con los pies en el suelo y preocupado por los demás, un Sócrates, alguien como tú.

LA AGENDA

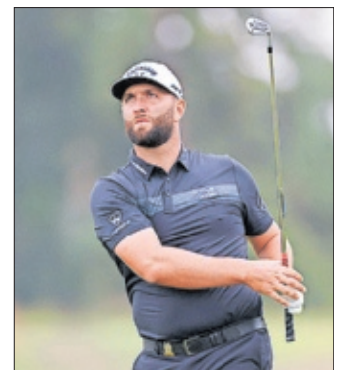
LUNES 17
NATAción. MUNDIAL DE JAPÓN.
Hasta el 30 de julio. Teledeporte y RTVE PLAY.

MARTES 18
CICLISMO. TOUR DE FRANCIA.
Etapa 16. Passy - Combloux.
Teledeporte y Eurosport.



MÉRCOLES 19
FÚTBOL. MUNDIAL FEMENINO.
Nueva Zelanda-Noruega (9.00).
Australia-Irlanda (12.00). RTVE.
CICLISMO. TOUR DE FRANCIA.
Etapa 17. Saint-Gervais Mont-Blanc -
Courchevel. Teledeporte y Eurosport.

JUEVES 20
CICLISMO. TOUR DE FRANCIA.
Etapa 18. Moutiers -
Bourg-en-Bresse. TDP y Eurosport.
GOLF. OPEN BRITÁNICO. Hasta el
domingo 23. Movistar Golf.



VIERNES 21
CICLISMO. TOUR DE FRANCIA.
Etapa 19. Moirans-en-Montagne -
Poligny. TDP y Eurosport.
FÚTBOL. MUNDIAL FEMENINO.
Fase de grupos. España - Costa Rica
(9.30). RTVE.

SÁBADO 22
CICLISMO. TOUR DE FRANCIA.
Etapa 20. Belfort - Le Markstein
Fellingier. Teledeporte y Eurosport.

DOMINGO 23
CICLISMO. TOUR DE FRANCIA.
Etapa 21. Saint-Quentin-en-Yvelines -
Paris Campos Elíseos. Teledeporte y
Eurosport.

FORMULA 1. MUNDIAL. Gran
Premio de Hungría, circuito
Hungaroring (15.00). DAZN.

PARA LEER

Todo lo que queda atrás

PEDRO ZUAZUA

Nunca se sabe cuándo va a empezar a sonar el reloj que activa determinados recuerdos. Es como si existiera un mecanismo interior que está esperando un detalle —un detalle que puede ser minúsculamente cotidiano— para llevar la mente a un lugar que se creía olvidado. A veces traslada el pensamiento a una época que fue tan intensa y tan real que parece imposible haberla mantenido oculta durante tanto tiempo. Como con la competición deportiva en las etapas de la infancia y la adolescencia. Aquellos

instantes de emoción, de tensión, de disfrute, temores y aprendizajes, concentrados principalmente en los fines de semana de competición, podían ser el centro de la existencia. Todo lo que no era colegio se organizaba en función del deporte. Y los deportistas, aún sin el bagaje vital suficiente para comparar, no eran conscientes de los momentos tan especiales que estaban viviendo. Tampoco de todo lo que giraba en ese momento a su alrededor. Ni de que todos los nudos que se estaban formando se quedarían ahí, bien atados, hasta que, pasados muchos años, un detalle nimio tire de ellos con fuerza y haga



saltar las alarmas emocionales.

Ese detalle podía ser, por ejemplo, una fotografía. Una fotografía que se queda olvidada durante una mudanza y que inmediatamente comienza a agrandarse hasta convertirse en el decorado de los días que están por venir.

Eso le sucede a la protagonista de *Antes del salto* (Libros del Asteroide), libro de la periodista y escritora Marta San Miguel. Un traslado familiar a Lisboa por motivos laborales abrirá la puerta de un delicado compartimento interior de recuerdos. Y todo empezará en el avión de ida, al recordar la imagen de Quessant, el caballo

que montaba cuando practicaba equitación. Así arranca una novela que tiene a un caballo y a la hípica como motor, pero que habla de muchas cosas más: de ser madre y de ser hija, de los apegos y desapegos, de lo que somos y de lo que dejamos de ser. De todo lo que se va quedando por el camino.

Un libro que ayuda a entender también las sensaciones de la competición ecuestre. Sus dinámicas, sus reglas, la relación con los animales, las sensaciones del trote y el galope y ese breve segundo de conexión casi perfecta entre caballo y humana, cuando enfocan el siguiente obstáculo y ambos cuerpos se convierten en uno solo. Es un momento que, en realidad, no existe. Es el instante preciso, justo antes de decidirse a dar el salto. Cuando ya no hay marcha atrás y estás volando hacia delante.